

EL BUEN COMBATE

N.º I

EL PAN DEL POBRE

POR

D. Félix Sardá y Salvany

PRESBÍTERO



BARCELONA
ENERO DE 1896

CONDICIONES DE SUBSCRIPCIÓN

A 1	ejemplar mensual. .	.	**1'50**	ptas. al año.
á 4	ejemplares mensuales..		**0'50**	» cada mes.
á 8	» »	.	**1**	» » »
á 12	» »	.	**1'50**	» » »
á 20	» »	.	**2'25**	» » »
á 50	» »	.	**5**	» » »

NOTAS. Las subscripciones á un ejemplar sólo se admiten por año entero.

Subscribiéndose de cuatro ejemplares mensuales en adelante, puede hacerse por uno, dos ó tres meses, un semestre ó todo el año.

El pago se hará por adelantado en letra, libranza ó sellos, certificando en este último caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica,* Pino, 5, Barcelona.

OPÚSCULO EN PREPARACIÓN PARA FEBRERO

¿No es hora todavía? por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro., Director de la *Revista Popular.*

EL

PAN DEL POBRE

POR



D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

DIRECTOR DE LA

REVISTA POPULAR

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA



BARCELONA.—1896

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5



I

¡Hola! ¿Con título de comedia entramos hoy?

—Lo es, en efecto, y anduvo hace poco tiempo muy anunciado en periódicos y carteles. Y alborotaba de lo lindo á los ciudadanos del cuarto estado, que no cesaban de aplaudir rabiosamente la encandilada diatriba que en tal drama se lanzaba con-

tra la desigualdad social. Y más de un bobo, tomando por lo serio lo que veía en aquel mundo de bambalinas y bastidores, llegó á creer posible lo que con el nombre de *redención del pueblo* se predicaba allí para soliviantar su furor.

—¡Pobre pueblo, y menguada redención la que puede esperar de tan extraños redentores como le van saliendo al infeliz!

—Por suerte hay Redentor de veras, que es Nuestro Señor Jesucristo, y no hay otro de quien pobres y ricos deban esperar salvación, como ricos y pobres se allanen de una vez á quererla de veras. Que por ricos y pobres nació y padeció y murió, el que de pobres y ricos es único Señor y ha de ser único supremo Juez. Y es en vano esperar que otro alguno ponga hoy en equilibrio y armonía las tan revueltas clases sociales, á las que con todas sus fuerzas se empeña en azuzar unas contra otras con satánicos fines su común enemiga la Revolución.

—Decís bien, y empiezo á columbrar la razón de vuestro epígrafe. *El pan del pobre* debe de ser, según vuestro intento, la Religión.

—Esta es y no otra.

—Más... ofréceseme un reparillo, y me lo habéis de perdonar.

—Soltadlo sobre la marcha, hombre de Dios.

—Es el siguiente: ¿por qué decís *el pan del pobre* y no el pan del hombre, si la Religión verdadera es pan de pobres y ricos sin distinción, y no únicamente de los primeros, á quien sólo en vuestro título os referís?

—¿No alcanza á más vuestro reparo?

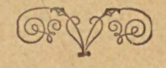
—No, ciertamente.

—Pues ahí va la respuesta, que extraño no hayáis adivinado ya. *El pan del pobre* he dicho, no porque deba ser exclusivamente para el pobre la Religión, sino porque de ésta es aquél quien tiene mayor necesidad, y á quien favorece ella con más especiales ventajas y beneficios. De suerte que, si para una clase sola debiera haber en el mundo Religión, para la clase pobre debiera haberla; y si en plebiscito general debiera votarse si la ha de haber ó no, nadie como la clase popular debería andar más interesado en que la votación resultase afirmativa. Y sin embargo, sucede aquí

un caso raro. Hay la preocupación entre muchas gentes de creer que la Religión es cosa que deben tener allá solamente los ricos, á quienes puede y debe permitirse este lujo como propio de su categoría, y que las clases inferiores tienen otras menudencias en que pensar y que más de cerca las tocan, que no esas de Dios, del alma y de la otra vida.

—Así es en efecto, y á muchos pobres tiene alejados de prácticas religiosas y del templo y del sacerdote tal majadería.

—Muy bien la acabáis de calificar, y no merece calificarse de otra manera. Y ahí tenéis la razón, toda la razón, del título, que ahora con mayor detenimiento y cachaza vamos, amigo mío, á desarrollar.



II

Como del pan necesita el hombre de la Religión, pero como del pan necesita de ella más que nadie el pobre hijo del pueblo. ¿Por qué? Por esta misma razón de ser pobre, que es la que ante todo quiero empecéis á considerar.

Dime sino tú, artesano ó menestral ó labrador ó jornalero de fábrica: ¿no tienes en esta vida trabajosa y miserable que arrastras, más necesidad de consuelos y de amor y de esperanzas, que el ricacho de allá enfrente, que tantas veces has mirado con un si es no es de rencorosa envidia? Dime que sí, porque aunque pretendas negármelo, leo la verdadera respuesta en el fondo de

tu corazón. Al rico, por regla general, no le faltan amigos ó que le hacen cara y oficios de tales; al rico no le escasean valedores é influencias; al rico le sobra con que aturdirse y desvanecerse, hasta demasiado, en sus horas de malhumor. El dinero proporciona raras veces la felicidad real; pero muy á menudo seduce y engaña y embroma por lo menos con las apariencias de ella. Así que, permíteme aquí una frase atrevida: el rico puede creer (neciamente, por supuesto), que para él están de sobras las cosas de Dios y las esperanzas del cielo. En su arcón ferrado, que es su sagrario alguna vez y quizá no conoce otro, juzga él tener todo su dios, y dios dispuesto á servirle en el menor de sus antojos á cualquier hora y ocasión. Por esto es tan común el tipo del rico orgulloso é infatuado que cree bastarse á sí propio, con sólo no le falte á la hora conveniente la llave de la gaveta. Ricos hay buenísimos, no he de negarlo, y humildes y temerosos de Dios, y nada confiados en el poder de sus riquezas: muchos hay en el mundo, por la divina misericordia, que saben ser ricos como enseña y manda serlo la Religión: pero es indudable, no

obstante, que la tentación perenne del rico de poca fe es la que acabamos de apuntar, y es más indudable todavía que la mayor parte de los ricos sin fe cae de bruces en ella. ¿Es ó no es verdad?

—Ahí está la experiencia para acreditarlo.

—Pues bien. En opuesto sentido suelen ir los sentimientos del pobre. Al rico tiéntale el orgullo y la vanidad de la suficiencia propia: al pobre rodéale á todas horas el abatimiento de su nada y de su ningún valer. Al rico antójasele fácil poder prescindir de todos, hasta de Dios; al pobre convéncele su propia miseria de que necesita de todos, y de Dios muy particularmente. El rico necesita violentarse en algún modo para no pegar su corazón á la tierra y lodo que le rodean, que tierra y lodo son al fin sus tesoros de oro y plata; el pobre necesita, al revés, violentarse en algún modo para no alzar de continuo los ojos al cielo, única herencia de los desheredados de la tierra. ¿Qué más? Un pobre que sea incrédulo ó ateo paréceme tan contra naturaleza y razón, como contra naturaleza y razón podría creerse (sin la gracia de Dios) un rico desprendido y mor-

tificado. Aquel «¡Ay de los ricos!» que pronunció tan dolorosamente el Divino Salvador, y aquel «¡Bienaventurados los pobres!» que dijo en el sermón del monte, resumen perfectamente este doble punto de vista, que entendido en el sentido en que lo acabamos de exponer no podrá hallarse más racional y cristiano.

¿Quién, pues, en el mundo ha de tener más que nadie como hecha exprofeso para sí la Religión? Los pobres.

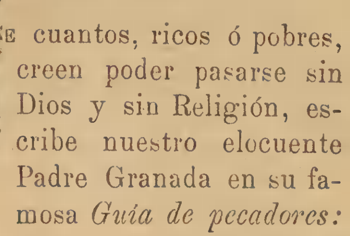
¿Quién más que nadie debe mirarla como preciosa herencia suya y prenda, no sólo de eterno, sino aún de temporal bienestar? Los pobres.

¿Quién con mayor empeño debe trabajar en su defensa, y procurar su arraigo y práctica? Los pobres.

¿Quiénes, no obstante, ¡oh dolor! suelen ser menos cuidadosos y delicados en este punto? Los pobres.



III



DE cuantos, ricos ó pobres, creen poder pasarse sin Dios y sin Religión, escribe nuestro elocuente Padre Granada en su famosa *Guía de pecadores:*

«Querría saber los que de esta manera viven, ¿con quién se consuelan en sus trabajos? ¿á quién se acogen en sus peligros? ¿con quién se curan en sus enfermedades? ¿á quién dan parte de sus penas? ¿con quién se aconsejan en sus negocios? ¿á quién piden socorro en sus necesidades? ¿con quién tratan? ¿con quién conversan? ¿con quién platican? ¿con quién se acuestan? ¿con quién se levantan? y finalmente, ¿cómo pasan por todos los trances de esta vida los que no tienen este recurso? Si un cuerpo no puede vivir sin ánima, ¿cómo

una ánima puede vivir sin Dios? Pues no es menos necesario Dios para la una vida que el ánima para la otra. Y si como arriba dijimos, la esperanza viva es el áncora de nuestra vida; ¿cómo osa nadie entrar en el golfo de este siglo tan tempestuoso, sin el socorro de esta áncora? Y si la esperanza es el escudo con que nos defendemos del enemigo, ¿cómo andan los hombres sin este escudo en medio de tantos enemigos? Si la esperanza es el báculo con que se sostiene la naturaleza humana después de aquella general dolencia, ¿qué será del hombre flaco, sin el arrimo de este báculo?»

Esta hermosa cita he querido aducir aquí, amigo mío, porque lo que en ella se dice de todo hombre sin fe y Religión, no hay duda que puede con más seguro fundamento afirmarse del que es pobre como eres tú. El pobre sin fe es dos veces pobre, y cien veces y mil más miserable que el rico sin ella. Desheredado de los bienes del suelo no menos que de las esperanzas del cielo; cerrados todos sus horizontes á la vez para la presente vida y para la futura; seco, árido, desolado el corazón, que no ve en

torno de sí á quien mire como amigo ó estime como hermano, ¿qué suerte puede caberle á un infeliz como ese, que no sea la más negra de todas, la desesperación? El hombre de grandes negocios tiene en el afán de lucro un cierto ideal á su modo, que le seduce y entretiene; el ambicioso gira sin cesar, como mariposa insensata, en torno de la llama que le fascina y que ha de abrasarle al fin; el sabio ó creído tal persigue á tientas, á través de sus sistemas y teorías, algo que le engaña con vislumbres de grandeza, aunque no sean más que vanos ensueños de su calenturienta imaginación. Mas el pobre sin fe, que nada puede pedir de consuelo á lo de esta vida, ni siquiera el engañoso y embustero que prometen y no dan esas seductoras sirenas de ella que se llaman interés, poderío, ciencia, ¿cómo ha de componérselas para dar algún calor á su corazón vacío, alguna hartura á su alma hambrienta y muerta de necesidad? El hambre corporal dicen que acaba por engendrar en el infeliz acosado de ella rabias y furores, antes que le suma en el mortal desmayo de la inanición: ¿qué rabias y furores no ha de experimentar

aquel á quien aqueja y devora esotra hambre del alma, antes que por ella venga ésta á sumirse en el espantoso letargo de la indiferencia?

Así comprendo en algún modo los tipos, á primera vista incomprensibles, que ha producido y llevado primero al crimen y luego á los patíbulos, el Anarquismo de nuestros días. Es cada uno de ellos un caso de patología moral que no tiene explicación, si no se acude á buscarla en estas fuentes. Para mí los Pallás, los Sogas, los Salvador, no son otra cosa más que fieras á quienes ha vuelto tales el hambre horribilísima de que estamos hablando. Hallarse pobres, olvidados y abandonados y quizá despreciados de todos, es decir, sin amor y sin ideal y sin esperanza en cosa ó persona alguna de la tierra; y hallarse al mismo tiempo sin fe en su origen y en su fin, sin ojos para mirar más allá de lo presente, porque sólo la fe es el ojo para mirar á la eternidad; ¿qué ha de ser este infeliz sino un enemigo rabioso de todos, puesto que nadie, nadie ni en el cielo ni en la tierra se le ofrece como amigo? ¿Cómo no ha de extender su mano rencorosa á la bomba ó al puñal

para darse siquiera esa miserable satisfacción de odiar como fiera, ya que no ve ni halla donde satisfacer su anhelo de amor como ser racional? Perversas y horrendas influencias sectarias, vosotras habéis creado ese tipo espantoso, generación espontánea de vuestra corruptora y desesperante propaganda: vosotras, contrahaciendo la legislación, envenenando la enseñanza, embruteciendo las costumbres, habéis logrado hacer del hombre, que guiado por la lumbre de la verdad



religiosa puede llegar á ser poco menos que ángel, un ser que á todos los recursos del ingenio de hombre reúne todas las energías instintivas del bruto. Esta es vuestra obra, miradla bien. El rico sin fe puede no llegar á ser un mons-

truo de crueldad como Nerón, contentándose con serlo de satisfecho sensualismo como Heliogábalo. El pobre sin ella no puede aspirar á tanto, pero no dejará de ser siquiera un más ó menos vulgar dinamitero.



IV

PERO vamos á ver; ¿y por qué habrías de ser tú, pobre amigo mío, enemigo de nuestra Santa Religión ó siquiera receloso y desconfiado de ella?

¿Acaso porque ha hecho de ti y de los de tu condición infeliz, el objeto privilegiado de sus amores y desvelos?

¿Acaso porque en el más sublime de sus códigos, que es el Evangelio, ha enaltecido la pobreza y la condición de pobre, hasta el punto de haber movido á que la llamase un sabio escritor *la aristocracia del Cristianismo?*

¿Acaso porque ha fulminado terribles maldiciones contra los malos ricos, y puesto entre los crímenes que claman venganza al cielo, el del que defrauda al jornalero su legítimo haber?

¿Acaso por su solicitud en cubrir materialmente el suelo donde ella se establece,

de instituciones bienhechoras del pobre y aliviadoras de todas, absolutamente todas sus necesidades?

¿Acaso porque el mismo Cristo, llevando su amor á ponderaciones que resultarían exageradas si no fuesen divinas, ha declarado El mismo querer verse representado en la persona de todo pobre, mandando se le mire á éste como imagen suya, y retrato suyo, y en cierto modo como otro El?

¿Qué humanitarista, qué filántropo de los que andan por ahí vociferando amor á las clases proletarias y menesterosas, ha hecho por ellas otro tal, ó siquiera se ha aproximado algo á ese modelo?

No me cites frases y discursos de filósofos y políticos que nada prueban, sino lo que prueban en la mayor parte de los casos las frases y los discursos, es decir que hay quien sabe hablar mucho y muy gallardamente, pero nada más. Los períodos más pomposos del más elocuente redentor ó emancipador de las clases desheredadas, no valen un mendrugo de pan ó una pieza de cinco céntimos dados con amor de cristiano, es decir, por amor de Jesucristo. La mundana filantropía, que tantas obras de


Torres Garcia

caridad ha destruído para medro de sus falsos apóstoles á costa del patrimonio del pueblo, no ha levantado que sepamos un solo Asilo para una docena de criaturas. Allí donde no ha acudido á poner mano en esas obras la Religión, nadie ha acudido á ponerla. Una sola Hermana de la Caridad ó un solo Hermano de San Juan de Dios hacen en un año en favor de la clase desvalida, más de lo que han escrito de un siglo para acá todos los falsos amigos de ella. Nó hablando, sino obrando, se hace la verdadera caridad y se auxília á los necesitados. Pon un club ó un ateneo librepensador en cada esquina, y ya verás si te resulta de ellos, engañado trabajador, el bien positivo y tangible que te resulta de un solo convento de Capuchinos ó de Hermanitas de los Pobres en cualquier punto de la ciudad. Las estadísticas son mortales para los impostores: consúltalas, aun las hechas por quien nò tiene interés alguno en favorecer al clericalismo, y verás que todo el bien que se hace en todas partes en favor del pueblo es clerical de remate. Y después de esto, ¡fíate de retóricos de plazuela y de emancipadores de club!



V

Lo he pensado millones de veces y ahora me da la ocurrencia, amigo mío pobre, de conferirlo aquí un rato contigo mismo. Es un argumento que por romo que seas me lo vas al punto á comprender.

Es el siguiente:

Mucho bien se hace hoy día en el mundo en favor de las clases necesitadas, y eso que el mundo de hoy no es en su mayoría buen cristiano ni mucho menos. ¿Qué tal sería si las gentes todas fuesen en su generalidad como las quisiera la Iglesia, y las manda ser Dios Nuestro Señor?

Piénsalo un rato por tu vida, que la cosa tiene más miga y meollo de lo que al principio te pudiste imaginar.

Figúrate que á todos los ricos se les antojase un día por gracia de Dios (que milagro de la gracia de Dios habría de ser), hacerse generosos y caritativos como debieran con el pobre; que todos destinasen á obras de beneficencia lo superfluo de sus haberes como ordena la ley de Dios; que á nadie se le antojase, nó ya esquilmar con usuras y exacciones al miserable, sino al revés, darle la mano, abrirle la bolsa, y entrarle en los senos de su corazón. ¿Cuál sería el cambio que se obraría con ese prodigio en la sociedad? ¿No sería ella, aun desde acá, el principio de las eternas dichas del paraíso? Desdichados habría, ¿pero no se acabaría por lo menos con una de las principales causas de aflicción, que es la indigencia? A muchos no les sobraría para echarlo por la ventana; pero ¿faltaría á nadie para sus más precisos menesteres?

«Esto es un sueño,» me saltas al punto. «Esto es una utopia,» exclamas hablando á la moda y en griego para mayor claridad.

No, amigo mío, no es un sueño ni es esotro que dices; es el ideal cristiano en toda su puridad; es el deber de todos los ricos para todos los pobres; es la ordena-

ción general de la Divina Providencia para igualar con el amor las condiciones que han hecho desiguales la aptitud, el temperamento ó lo que llamamos fortuna.

«¡Pero eso nunca será!» replicas impaciente.

No me apures, amigo mío, y ten cachaza siquiera por unos instantes, que ahora viene lo decisivo de mi argumentación. Si será ó no será, no es cosa que haga ahora al caso; dime, empero; cuanta más Religión haya en el mundo, ¿no está más cerca de ser una verdad práctica el bello ideal que tú has llamado ensueño? Y cuanta menos Religión haya, ¿no nos hallaremos más y más lejos de este hermosísimo ideal?

Pues ahora, aplica tú el recto criterio que Dios te dió por corto que sea, y resuelve si te conviene más que haya en el mundo mucha Religión ó que haya poca.

Resuelve si te es ventajoso que sean más en número los ateos y los librepensadores, que los buenos y piadosos cristianos.

Resuelve si te harían gran favor con suprimir las Parroquias y Conventos, haciendo de ellos (lo que más de una vez se ha visto sin duda para tu felicidad), cuarteles

y teatros y plazas de toros y otras cosas de éstas que tanto te dan de comer.

Resuelve si es en tu provecho ó en tu daño el que se diga que no hay Dios y que no hay otra vida; ó el que se predique y enseñe que los hay para castigo de los que te oprimen y no te socorren, á la vez que para recompensa y estímulo de los que por amor de Cristo hacen algo en tu favor.

Y mientras esto estudias y esto resuelves, apúntate bien en el caletre un dicho de un economista célebre, que resume en breves palabras toda esta cuestión:

Todo lo que se hace contra la Ley de Dios (dice), se hace en definitiva contra los intereses del pobre.

¿Oíste? Pues apúntala bien en tu libro de memorias, y si no tienes libro de memorias, pero tienes memoria, que es todavía mejor que libro, clávalo en ella de modo que no se te suelte á dos ni á tres tirones.

Ahí te lo voy á estampar otra vez y con letras gordas para más asegurar:

Todo lo que se hace contra la Ley de Dios, se hace en definitiva contra los intereses del pobre.

Esta, ésta es la verdad, clara como de matemáticas, y pára de contar.

VI



DEMOS, si quieres, otra forma todavía más material y tangible á esta nuestra argumentación.

Supongamos que es ley y regla general de la sociedad el ateísmo, y que ni para un remedio se encuentra en ella quien crea en Dios.

Esto es imposible por fortuna, porque un ateo, si es que de veras existe, es siempre un monstruo, y los monstruos son siempre excepciones, nunca regla general.

Mas nadie nos impide admitirlo como suposición. Admitámoslo, pues; y dime en seguida.

¿Has imaginado en un mundo de ateos cuál sería la condición del pobre?

Reflexiónalo, por tu vida, algunos momentos, y di luego lo que sobre esto te haya ocurrido á la imaginación.

A mí, solamente entreverlo me horripila y hace estremecer.

Un mundo así sería la antesala del infierno; digo mal, sería el infierno mismo. Podemos conjeturarlo hojeando la historia, que si no pinta lo que ha sido un mundo de ateos, porque éste no existió jamás, pinta por lo menos lo que pasó cuando el mundo no era cristiano, lo cual tiene con lo anteriormente supuesto alguna analogía.

Cuarenta siglos de experiencia hablan muy alto sobre el particular, y con ellos á la vista puede convencerse el pobre de que donde no ha reinado la Religión verdadera, él es siempre quien pagó los platos rotos, es decir, quien quedó el primer arruinado en la universal bancarrota de toda moral, y de toda virtud, y de toda idea generosa.

No se ama al pobre, sino donde se ama á Dios; ni se ama *mucho* al pobre, sino donde se ama *mucho* á Dios; ni se hace sacrificio alguno por el pobre, sino allí donde este sacrificio lo inspira, y lo impone, y lo facilita, y lo realza y ennoblece el amor de Dios. Y óyelo bien: no se ama verdaderamente á Dios sino en la Religión verdadera.

Te repito que todo el mundo pagano en cuatro mil años de historia es testigo abonadísimo de esta verdad. El pobre, ni bajo repúblicas, ni bajo monarquías, ni bajo imperios, fué nunca tenido en nada, hasta que enseñó á hacerle respetar, y á amarle, y á favorecerle la verdadera Religión.

Escucha á propósito de esto una página brillante de Mons. Dupanloup en su célebre libro: *La caridad cristiana y sus obras:*

«Hoy (dice), que el Evangelio lo ha cambiado todo, que todo lo ha regenerado sobre la tierra, disfrutamos con soberbia ingratitud de sus beneficios; hablamos con complacencia de fraternidad, de igualdad, de filantropía... hasta de caridad; y en la injusticia de nuestra ceguedad volvemos esos nobles sentimientos, esos hermosos nombres contra Jesucristo, único á quien debemos la felicidad de haberlos encontrado y aun de comprenderlos.

«Antes de Jesucristo (preciso es recordarlo, puesto que la ingratitud de los hombres lo ha olvidado tan extrañamente), todo eso no sólo era desconocido en la tierra, sino que se hollaba, se deshonraba, se maldecía en la humanidad...

«Ciertamente espanta leer en los historiadores de la antigüedad lo que era el mundo antes del Cristianismo. Había en los hombres más pacíficos y en los pueblos más civilizados una dureza de corazón, un desprecio á la humanidad, una aversión á los pobres, un horror por los desgraciados y una inclinación al asesinato, tales que apenas podemos con nuestras ideas cristianas y á la distancia en que nos hallamos concebir costumbres tan inicuas y crueles. El fondo de todo eso era un orgullo sin límites, un egoísmo desenfrenado, que todo lo sacrificaba á sus deseos sin remordimiento. San Pablo resumió la historia del antiguo mundo cuando dirigiéndose á los romanos, les decía cara á cara, con intrépida firmeza y sin temer ni encontrar contradicción: «Vosotros carecéis de afecto y de amor; «vosotros no tenéis dulzura, ni conmisera- «ción, ni piedad; odiáis y os odian; estáis «sin corazón y sin entrañas.»

«Y no se crea que el celo de San Pablo le arrastró aquí demasiado lejos: no, pues de todos los historiadores de su tiempo es el más comedido.

«Los autores paganos, filósofos, poetas,

historiadores, Platón, Aristóteles, Aristófanes, Plauto, Tito Livio, Tácito, Suetonio, Plutarco, todos en fin nos cuentan esos horrores con una sencillez y ligereza de lenguaje que hace estremecer. Se ve que aquéllas eran las costumbres públicas admitidas por las naciones más civilizadas; era el fondo del carácter romano; era el alma y el corazón mismo de la sociedad pagana.

«Sí, lo que la crueldad y la corrupción hicieron del corazón del hombre antes de Jesucristo, los sentimientos, las ideas, las leyes que contra la naturaleza prevalecían en todas partes, lo que había llegado á ser el hombre para el hombre, es espantoso decirlo, es casi hoy día imposible creerlo.

«Nada igualó jamás al desprecio y á los atentados de que fué objeto el hombre; nada podría igualar á lo que se osó contra su dignidad moral, libertad y vida.

«Los extranjeros, los prisioneros, los vencidos, los esclavos, los enfermos, los deudores, los pobres, los niños, los ancianos, las mujeres, los obreros, todo en fin lo que era débil, todo lo que sufría, todo lo que trabajaba, todas las dolencias, to-

das las miserias, todo eso era aborrecido, escarnecido, hollado...

«En toda la antigüedad, por espacio de cuarenta siglos, sobre toda la faz de la tierra, no se encuentra un hospital para los enfermos, ni un hospicio para los ancianos, ni un asilo para el sufrimiento...

«Todo esto embarga el alma de tristeza profunda; pero es útil recordarlo en un siglo en que al parecer se olvida demasiado de qué abismo sacó Jesucristo á la humanidad.»

He aquí compendiado en breves pero enérgicas frases lo que puede dar de sí el mundo sin Dios, aunque se llame tan culto y civilizado y artista, y tan filósofo y elocuente y guerrero como eran sin duda, pues no hemos de negarles este honor, el viejo Egipto, la antigua Grecia, la pagana Roma.

Vuelvo, pues, á mi tema, y dispensa, amigo mío, estas repeticiones, que no las hago aquí sino muy de propósito y para señalar con ellas los puntos, por decirlo así, culminantes y las resultancias, como se dice ahora, de esta nuestra familiar conferencia.

No se ama al pobre, sino donde se ama á Dios; ni se ama *mucho* al pobre, sino donde se ama *mucho* á Dios; ni se hace sacrificio alguno por el pobre, sino allí donde este sacrificio lo inspira y lo impone y lo facilita y lo realza y ennoblece el amor de Dios. Y no se ama (óyelo bien) verdaderamente á Dios, sino en la Religión verdadera.



VII

Hora es ya de empezar á resumir todo lo hasta aquí discurrido y expuesto, acentuando en nuestro trabajo el punto de vista concreto que promete su título, y que tal vez has creído se me había olvidado ya.

Pan del pobre llamo á la Religión, y así quiero la consideres tú, primeramente porque es el alimento moral de todos, así pobres como ricos, sin el cual no hay más que hambre, miseria y desnudez para el espíritu, huérfano de toda idea elevada; cerrado á toda aspiración superior, pegado como molusco vil á la roca; sin luz del cielo, ni esperanzas de mundo mejor, ni generosos alientos para linaje alguno de virtud ó sacrificio.

Pan del pobre llámola además, porque de ella tiene más necesidad que otro alguno el de tu condición; como quiera que es mayor tu desamparo, mayor tu soledad, mayor tu propensión al desaliento, mayores tus ocasiones de desesperación. Necesita dos veces el pobre la fe cristiana: la necesita como hombre y la necesita como pobre. Y si alguien pudiese dispensarse de tenerla, por considerarla inútil mueble de lujo, este tal nunca sería el enfermo, el indigente, el oprimido, porque para éstos siempre será artículo de primera necesidad.

Pan del pobre la llamo también, porque hasta de lo material para su vida física le sirve la Religión, como que es la única que mueve á que se lo den los que pueden y deben; y no se lo da nadie si no es movido, ó aconsejado, ó mandado por esta misma Religión. De suerte que si auxilio halla el hambriento en sus hermanos caritativos, es pan que le da la Religión; si abrigo en su orfandad, es pan que le da la Religión; si lecho en su dolencia, es pan que le da la Religión; si asilo en su vejez, es pan que le da la Religión. Y en todas formas y bajo

todos conceptos y por medio de toda clase de instituciones y de obras públicas y privadas es la Religión, *El Pan del pobre,* y el único *pan.*

En vista de lo cual eres, pueblo mío, insensato y loco de atar si no amas y aprecias en lo que vale la Religión, que tanto te favorece y distingue, y sin la cual serías lo más abyecto y despreciado que hay sobre la haz de la tierra.

Sí, aunque no fuese por tu alma, que ese es el interés siempre primordial; aunque no fuese por el deber que tienes con Dios, que esa es la consideración que debe siempre pesar sobre todas; aunque no fuese porque eres racional y eres cristiano; deberías amar y practicar la Religión solamente á fuer de generoso y leal y agradecido, y aún de... interesado.

Como amas y agradeces á quien te ampara en las horas de tribulación y desgracia; como aprecias á quien te considera y distingue y se te muestra amigo; como escuchas y atiendes al que te da pruebas constantes de velar por tu bien y por tu dignidad y por todas tus necesidades.

Con eso solo me contentaría, con que fue-

ses generoso y leal y agradecido con Dios y su Iglesia, como lo eres por lo regular con cualquier individuo de tu condición, á quien te reconoces deudor del más insignificante beneficio.

Porque tú, pobre amigo mío, duro de cabeza podrás ser alguna vez, y terco en tu pensar y querer, y otras veces ligero, voluble, arrebatado. Lo que no puedes, es ser á sabiendas ingrato. Esta palabra sola te subleva, te irrita, y harías una barrabasada cualquiera con el más pintado que se atreviese á echártela en rostro.



VIII



sin embargo, ¡ay, pueblo mío de mi alma! ¡ay, pueblo de mi corazón! yo soy quien he de sonrojarte ahora con esa negra verdad, y al rostro he de echártela aquí en público, en presencia de todo el mundo, para que sean mayores tu confusión y sonrojo.

Con todas las letras te lo digo aquí, y no voy á callar por más que te desazones, y tires airado este pedazo de importuno papel, que como todos los que en adelante en tal forma vayan saliendo, se ha propuesto cantártelas siempre muy claras.

Ingrato eres, sí; ingrato y sin entrañas, si ya no te excusa en eso, como en otras cosas mil, tu añeja y proverbial inconsciencia. Que si todo aquello fueras, á sabiendas de lo que es, no habría modo de calificarte dignamente, como no fuese lla-

mándote á boca llena mal corazón y perverso.

Hanme dicho, en efecto, pueblo de los talleres y de las fábricas y de los campos, hanme dicho cosas de ti, que si allá de los salvajes de la Oceanía se dijesen, ó de los moritos del Riff, apenas fueran creíbles, por lo raras y descomunales. Porque allí tus hermanos, de negro ó amarillo ó aceitunado color, suelen ser bárbaros para todo, y fieras como las de sus bosques con los que irritan su mal humor ó andan con ellos en lucha. Mas nó con quienes se les muestran afables, dadivosos y caritativos. Y tú en medio de vanidosos alardes de culto y civilizado, con ésos precisamente es con quien te permites locuras de bruto, y hasta más de una vez sangrientas hazañas de fiera.

O sino, vamos á sacarte aquí todos los trapos sucios á la colada, pues te he dicho y repito que voy á cantarte, sin miedo ni vergüenza, toda, todita la cruda verdad.

Tienes para con los enemigos de la Religión necias amistades y viles complacencias y ruínes simpatías, que no me explico ni tú mismo te explicas; pues nadie acierta

como tales gentes, de sucia y vergonzosa historia las más de las veces, han podido entrarte tan por el ojo, y ganarte la voluntad y aun... explotarte el bolsillo. ¿Qué es esto, sino hacer causa común con los enemigos de tu felicidad ó sea del *Pan del pobre?*

Abrese con cualquier título y bajo cualquier bandera un club, en que se habla gordo contra el Papa y contra los curas, y aun contra Dios y la Virgen y todos los Santos; y vas y corres y llenas el inmundo salón, y pagas con tu dinero el concierto de blasfemas necedades con que allí, so pretexto de ilustrarte mejor, se te engaña y se te embrutece por quien, si fueses á preguntarle sus antecedentes, no le hallarías digno de fiarle siquiera una peseta. ¡Y le fías tu alma, y le fías tu honra, y le vendes tu paz de la vida y tu dicha de la eternidad! Y con esto te declaras en contra del *Pan del pobre,* como el más cruel opresor de tu desdichada clase.

Alargas con avidez la mano, y aun cinco ó diez céntimos de tu menguado jornal, para comprar la hoja ó papelucho infame que en prosa y en verso y en grosera cari-


LAS DOMINI
Torres García

catura insulta tu fe, tus costumbres, el recato de tu mujer, el pudor de tus hijas, la inocencia de tus pequeñuelos. Si alguien que no fuese un periódico se presentase en tu hogar á decirle esas inmundicias y porquerías á tu familia, no te creerías decente y honrado si no le despachases de allí á trancazo limpio. Y no obstante, ¡necio que eres! compras tú por cinco ó diez céntimos aquella porquería, y eres tú quien en corro la lee y comenta á los amigotes y compinches, y eres tú quien la lleva á casa y consiente figure en tu banco de faena ó en la mesa de tu comedor, para que haga allí entre los que tanto amas toda clase de desastres y fechorías. Y dices luego con aires de estúpido candor á quien por eso te afea: «¡Bah! ¡Vea V. de qué se alarman los fanáticos! ¿Quién hace caso de un periódico? ¡al fin es cosa que se lee sólo porque hace reir!» ¡Ay, desdichado! ¡A cuántos y cuántas ha hecho llorar! ¡Y no reparas que ayudas con ello á la infernal propaganda que más ó menos directamente tira á dejarte sin *Pan!*

Tampoco eres escrupuloso en las compañías, y las tienes y frecuentas que ni te

honran ni te mejoran. Huyes el trato y consorcio de la familia propia; y vas á buscarte broma y jolgorio con la postiza y nada recomendable que te seduce en la taberna, café, casino ó sitio todavía peor. Te cansa y aburre la paz hermosísima del hogar, embalsamado con el aroma de la virtud y las sonrisas de la inocencia; y buscas ruído, excitación nerviosa, embriaguez del alma, en aquellos lugares hediondos, de los que se sale más de una vez para la casa de socorro, ó para la cárcel y el presidio. ¡Qué mayor desatino que ese, y que mayor necedad! ¿Qué mayor conjura puede darse contra tus propios intereses y bienestar moral y material, ó sea, contra tu propio *Pan?*

Han abierto por ahí tus peores enemigos una quisicosa que llaman *Escuelas libres ó laicas,* y te piden mandes á ellas tus hijos, bajo promesa de hacértelos sabios, muy sabios, pero sin Catecismo ni Religión, que eso dicen es antigualla y no sirve ya para maldita la cosa. Lo que sirve, al parecer, es aprender que no hay Dios, ni hay alma ni otra vida; que no debe amarse al prójimo, ni respetarse á los padres; que no ha de

estimarse en nada el matrimonio cristiano, ni darse importancia alguna á la pureza de costumbres, sino en todo y para todo contentarse con la Marsellesa y con gritar: ¡Vi-



va la libertad! Y eres tan insensato, que envías tu chico á esas Escuelas, donde se le ha de enseñar á que desprecie á Dios y á ti y á su madre y á su patria, dándole por

todos *Mandamientos* el susodicho ¡Viva la libertad! ó sea que se lanze al trote por esos campos y poblados como potro sin ronzal. Esa felicidad proporcionará á tus chicos la enseñanza sin Dios, y tú ¡desdichado! entregas los chicos á esa enseñanza, que no es sino carrera de tahur y de presidiario, sólo porque te la recomiendan como un progreso los oradores del club. ¡Y en eso no haces sino favorecer y auxiliar la corriente atea y anticristiana, que á la postre no ha de traducirse más que en olvido del pobre y en menosprecio de la pobreza, y en que se te estanquen y cierren las fuentes todas del *Pan* de la caridad!

Y oigo por esas calles tus conversaciones, y las salpicas con dichos y palabrotas groseras, que si me las oyeses á mí me tendrías con razón por loco ó borracho; y sin embargo, ¡quieres que yo no te las reprenda en ti!

Y cuentas sucias y escandalosas aventuras, y manchas tus labios con obscenidades y desvergüenzas, que te hacen oler á garito y á burdel, y dices que eso son chanzas y buen humor y chascarrillos alegres y nada más.

Y á la menor contradicción ó disgusto, y aun á veces á sangre fría, sin disgusto alguno ó contradicción, pronuncias contra Dios ó Cristo ó la Virgen palabras horrendas, palabras de condenado, palabras que ultrajan al cielo, y que sólo en el infierno deberían suponerse, como desahogos del odio y de la desesperación... y tú ¡infeliz! no las tienes por cosa siquiera de poca educación ó de mal gusto.

¡Y cuántas y cuántas otras frioleras como éstas podría citarte aquí, con las cuales, amigo pobre, rebajas tu noble condición, degradas tu alcurnia de hijo de Dios, envenenas tu vida y pierdes tu alma! ¿Y qué haces con ellas, á la postre, sino herir la mano bondadosa que te alarga el *Pan*, y arrojar ese mismo *Pan* con verdadero vértigo de suicida? ¿Quién contra ti podría ser peor y más rabioso traidor y enemigo que lo eres tú mismo?



IX

No así, sino muy de otra manera, has de portarte para amar y agradecer y corresponder á Dios y á la Religión, que son en todo tus mejores amigos y valedores, y el mejor remedio y consuelo para todas tus necesidades.

A quien le veas contrario á Dios y á la Iglesia mírale como tu peor contrario, porque lo es en realidad, y sólo tira á tu opresión y envilecimiento.

Venera el templo como Casa de Dios y tuya, más que de ningún otro, porque de sus santas influencias has menester tú más que ningún otro. Acude á él los días festivos, y si un momento puedes hasta los de labor, aunque sea con la grasienta blusa de tu taller, que limpieza del alma buscan y aman en ti los ojos del Señor, más que la que sólo se luce por defuera en cara, manos y traje.


Torres García

Reza cada mañana y cada noche, y con los tuyos más bien que solo, pidiendo á Dios el *Pan* de cada día; el *Pan* de tu boca, que es el trabajo y la salud; el *Pan* de tu inteligencia, que es la verdad; el *Pan* de tu corazón, que es la gracia; el *Pan* de tu eternidad, que es la gloria del cielo.

Frecuenta los Santos Sacramentos, *Pan* de vida y de fortaleza, con el cual se forman aún de tu ruín madera los grandes héroes y los grandes Santos. Cuando el mismo Hijo de Dios se dignó hacerse *Pan* para el hijo del hombre, ¿podrá éste sin horrible ingratitud hacerse del desganado y del desdeñoso para con este divino *Pan?* ¡Ah! ¡Cómo les luce y cómo se les conoce á los pobres obreros que acuden constantes á la Sagrada Mesa, el temple y vigor que da á su temperamento moral la substancia de este soberano *Pan!*

Otro *Pan* de incalculable precio para ti, aunque se vende por ahí á pocos céntimos y aun más de una vez se te regala de balde, es el de la sana lectura. Búscala, tómala, llévala á tu casa, repártela entre tus hijos y amigos, digiérela y nútrete con ella, y hazte de ella (después de servirte

á ti propio), proveedor y auxiliar para otros hambrientos como tú. ¡Mira que son muchos los que ha perdido un trozo de papel, pero son también muchos los que un trozo de papel ha iluminado y despertado y reconducido á caminos de salvación! ¡Mira que con esto solo, como quien da un pedazo de pan á un desvalido, puedes darle tú á cualquier desdichado un rayo de luz y un toque de gracia y un lugar en el cielo! ¡Mira que es gran obra de caridad y de apostolado esparcir este *Pan*, y ponerlo al alcance de todas las manos y de todas las bocas, que tantas hay por esos mundos que se alimentan sólo de venenos de error y de basuras de corrupción y escándalo!!!

Y por fin, tú ¡oh lector! pobre ó rico que seas; este mismo opúsculo que con título de *El Pan del pobre* ha llevado Dios á tus manos, estímalo y aprovéchalo como verdadero *Pan* (aunque tosco y basto como pan de pobre), y con él todos los demás que con el divino auxilio han de formar esta colección.

Sabadell, 1896.

A. M. D. G.

PROPAGANDA CATÓLICA

por D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.

Los ocho tomos de esta importante obra, que con tanta aceptación viene publicándose, contienen las materias siguientes:

El tomo I, Los cien opúsculos de la *Biblioteca ligera.*

El II, Opúsculos varios.

El III, Un Año sacro ó lecturas y ejercicios para las principales festividades del Calendario cristiano.

El IV, Más opúsculos.

El V, Artículos político-religiosos, publicados en distintas épocas y periódicos, y precedidos de un discurso preliminar sobre el Periodismo y la Propaganda.

El VI, el Liberalismo es pecado, el Apostolado seglar, Masonismo y Catolicismo, y varias Conferencias.

El VII, Nuevos opúsculos.

El VIII, Varios artículos de permanente interés para la controversia de nuestros días.

Forma cada uno de estos ocho tomos un volumen en 4.°, con tipos elzevirianos, iniciales y viñetas de adorno, y hermosa encuadernación con plancha hecha á propósito. Cada tomo, 4 ptas. en rústica, y 6 lujosamente encuadernado.

REVISTA POPULAR

Semanario ilustrado destinado á la mayor difusión de la bienhechora propaganda católica

Conoce el pueblo español esas dieciséis páginas semanales, y las ha tratado desde su primera aparición en 1871 con el cariño y confianza ilimitada que sólo se profesan á los verdaderos y probados amigos. A este buen afecto se ha procurado corresponder mejorando cada día, dentro de sus mismas condiciones, la publicación, de las más nutridas del orbe católico sobre ser una de las más económicas.

Su baratura puede apreciarse considerando que por cincuenta céntimos al mes reparte cada semana un número de treinta y dos columnas de texto y cuatro de cubierta: ó lo que es igual, por doce reales al semestre da un tomo de 400 páginas, ilustrado por término medio con 50 grabados de distintos tamaños, regalando además en Julio un tomito de folletín con grabados, y de Diciembre á Enero el *Almanaque de los Amigos del Papa* ilustrado también.

PRECIOS: *Dirigiéndose á la Administración:* España, 6 ptas. un año; Cuba y Puerto Rico, 8; Estados de la Unión postal de Europa y Filipinas, 10; Estados de la Unión postal de América, 12'50; y en los demás puntos, 15.

Por medio de Corresponsal: España, 6'50 ptas. un año. En todos los demás puntos del Extranjero, Antillas, Filipinas y Américas, por razón del cambio fijarán los precios los señores Corresponsales.

ADVERTENCIAS.—Los números sueltos se venden á 20 cénts.

No se admiten subscripciones por menos de un semestre en España, y de un año en Ultramar y Extranjero, empezando por Enero ó por Julio.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.